

accidentes ni discontinuidades en esa historia, entre otras cosas porque no hay historias sino Historia —una entelequia no transformada por los acontecimientos. Aun cuando la materia halla un hueco y se cuela a la superficie —a manera de barcos, de lanchas, de balsas— Padilla se apura a desintegrarla y a volverla, con asistencia del *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot, en emblema de abstracciones. Es obvio que así, vuelto todo símbolo y arquetipo, el libro se torna de lo más farragoso, cosa rara en una obra dedicada a un elemento tan fluido. Ese es, de paso, otro inconveniente: para Padilla el mar es atemporal y eterno, siempre idéntico a sí mismo, siempre visto y temido y adorado de la misma forma. Pues bueno: el mar, como ha escrito Derek Walcott, también tiene historia —y sus significados fluyen: cambian en cada costa, a cada momento, interminablemente.

La culpa es, además y sobre todo, del género: de ese ensayo *literario* que practican Padilla y, ay, otros cientos. Para explicarlo hay que ir al principio, el momento en que Montaigne funda el ensayo, y observar que lo funda no para hacer *literatura* sino, justamente, para no hacerla: para pensar el mundo de un modo en que la literatura no lo estaba pensando. Para confirmar esto hay que leer el que quizás sea el mejor ensayo sobre el ensayo: “El ensayo como forma” (1954), de T. W. Adorno. Allí se anota: el ensayo era un dispositivo que, ubicado entre la literatura y la filosofía, se oponía a los recursos ficcionales de una y a los sistemas teóricos de la otra. Se agrega: sus cualidades —la brevedad, los rodeos, la fusión de registros, la mezcla de citas, el irreverente uso de categorías académicas— le permitían atender eso que los tratados y las piezas literarias descuidaban —el detalle concreto, efímero, contingente. Es decir: que el ensayo era, y sigue siendo en sus mejores momentos, justo lo contrario de que lo supone Padilla —no una vía hacia el Espíritu sino una herramienta para desmontar sistemas, para abollar absolutos.

Cuando un escritor añade el adjetivo *literario* al sustantivo *ensayo* sabemos que todo se ha arruinado. El género abandona su posición incómoda, indefinible, y se

resguarda, ya sin filo, a la sombra de la literatura. Deja de haber fricción entre la teoría y la experiencia: prevalece la paz de la retórica. Los conceptos cesan de ser amartillados: simplemente desaparecen y uno acaba por echarlos de menos. La historia y la sociología son erradicadas: con el propósito de mantener cierta supuesta limpieza de las formas literarias. Los pequeños detalles se nublan y el mundo, ya libre de lo material, se vuelve pura representación, mero espectáculo. En fin: que esos autores blanden el ensayo no como arma sino como excusa. Para no investigar. Para pensar sin rigor. Para decir indistintamente esto o aquello y no tener que rendir cuentas a los lectores. Pero hay que llamarlos a cuentas. ¿Por qué habrían de salirse, otra vez, con la suya? —

— RAFAEL LEMUS

TESTIMONIO

Del empujar a la gente a ser feliz



Denise Affonço
El infierno de los jemeres rojos. Testimonio de una superviviente
Traducción de Daniel Gascón,
Barcelona, Libros del Asteroide, 2010, 256 pp.

Cuando los jemeres rojos tomaron el poder el 17 de abril de 1975, Denise Affonço, empleada camboyana en la embajada francesa, hija de padre francés y madre vietnamita, con esposo y tres hijos, decidió permanecer en Phnom Penh. Ese día la guerrilla entró a la capital para vaciarla. Las órdenes venían de Angkar (la Organización), y todo el que se resistió terminó asesinado. Los hospitales fueron desalojados sin reparar en la gravedad de los pacientes. Los soldados rompieron los documentos de identidad, puesto que en adelante todos serían jemeres y hablarían en lengua jemer.

“Angkar los espera”, informaron a la gente en fuga. El viento arrastraba los viejos billetes, el dinero no circularía más.

En las cunetas yacían cadáveres abandonados.

Libros y juguetes fueron confiscados y destruidos. Quedó penalizado el uso de calzado y el de cualquier color de vestimenta salvo el negro. Suprimieron las gafas, índice de presunción intelectual. Fue prohibida la expresión de sentimientos, sonrisa o llanto. Cruzar las piernas comenzó a ser apreciado como un hábito capitalista. Los monjes budistas recibieron casamiento, la minoría musulmana fue obligada a comer cerdo. El país se cerró, y solo siguieron en funciones las embajadas de China, Vietnam, Laos, Corea del Norte, Yugoslavia, Albania y Cuba.

Cuestionarios y delaciones permitieron localizar a médicos, profesores y soldados del antiguo régimen: todos parásitos eliminables. El esposo de Denise Affonço fue “admitido en un campo de reeducación”. Es decir, aniquilado. Su hija pequeña murió de inanición, su hijo enviado lejos. Abolidos los días festivos y los fines de semana, el trabajo en Kampuchea Democrática ocupó desde el amanecer hasta la noche. Y la vida laboral comenzó a los ocho años.

A la caída del régimen de Pol Pot, Denise Affonço escribió su testimonio: *El infierno de los jemeres rojos*. Ese breve volumen detalla una alimentación furtiva compuesta de cucarachas, sapos, ratas y escorpiones (el país exportaba arroz por esos años), y el pastoreo forzado de la población por diversas regiones. Narración sumamente apegada a los hechos, en ella el dolor resulta tan estricto como si todavía pesara sobre la autora la prohibición de mostrar sus sentimientos.

Tiempo después, hablando de genocidios en París con un eminente profesor universitario, ella mencionó el caso de su país natal. El profesor protestó: los jemeres rojos solo hacían el bien. Él había visitado Phnom Penh en 1978 para encontrar felicidad en la gente. La suya no era opinión solitaria: el régimen kampucheano pudo beneficiarse de la admiración intelectual por las dictaduras de izquierda, amplio capítulo de la complicidad intelectual con dictaduras de cualquier signo.

En *After the cataclysm* (1999), Noam Chomsky y Edward S. Herman sostu-

vieron que, dado que el inventario de atrocidades kampucheanas estaba lejos de complacer las demandas occidentales, se produjo “una extensa fabricación de evidencias”. Chomsky acusó a los refugiados camboyanos en Vietnam y Tailandia de prestar falso testimonio. Remitió las causas del terror y el genocidio a los bombardeos estadounidenses sobre Camboya entre 1969 y 1973. Como si ello pudiese exculpar al régimen de Pol Pot o el número de víctimas de aquellos bombardeos no incriminara a Estados Unidos lo suficiente. (Washington contribuyó a la victoria de los jemeres rojos. Zbigniew Brzezinski, el consejero de Seguridad Nacional de Jimmy Carter, confesó en 1979: “Animé a los chinos a apoyar a Pol Pot. Pol Pot era una abominación. Nunca podríamos apoyarlo, pero China sí que podía.”)

Académicos y periodistas elogiaron al régimen marxista kampucheano. Malcolm Caldwell, fundador del *Journal of Contemporary Asia*, objetó los testimonios de refugiados que huían del terror mientras hacía suyas frases de los discursos de Pol Pot y de otros jefes. Elizabeth Becker, corresponsal de *The Washington Post* y autora luego de un notable libro sobre el tema, concluyó que el sistema económico camboyano funcionaba, aunque los métodos utilizados resultaran tema de discusión y de condena.

Richard Dudman llegó a declarar que las libertades restringidas por los jemeres rojos eran restringidas también en muchos otros países. El no había encontrado en Kampuchea Democrática evidencias de hambruna, y sí “uno de los mejores programas de construcción de viviendas del mundo”. (El título de un artículo suyo en *The New York Times*, publicado una década después de la caída de los jemeres rojos, da idea de su resistencia a la verdad: “Pol Pot –brutal, but no mass murderer.”)

Pol Pot proclamó que su revolución era la única absolutamente victoriosa en toda la historia universal. Un documento secreto de 1975 estimó que el país iba treinta años por delante de China, Corea del Norte y Vietnam. Si toda revolución procura crear un nuevo mundo y un tiem-

po original, la kampucheano logró erigir en menos de un quinquenio el paisaje más extremo: otro planeta. Así describió Laurence Picq, la única mujer occidental que alcanzó a residir allí por esos años, a Phnom Penh: “un planeta vacío”.

Explicarse lo ocurrido en Camboya entre 1975 y 1979 es preguntar, filosófica, teológica o políticamente, por el problema del mal. Quien esté interesado en estas cuestiones hará bien en leer el libro de Denise Affonço y en procurarse otro recién traducido (lamentablemente, sin el índice onomástico de la edición original) de Ben Kiernan: *El régimen de Pol Pot. Raza, poder y genocidio en Camboya bajo el régimen de los Jemeres Rojos, 1975-1979* (Buenos Aires, Prometeo, 2010). Hallará en este último libro testimonios de numerosas víctimas, estadísticas de la violencia, un panorama bastante completo del totalitarismo kampucheano.

Bastante completo: la cuestión queda siempre sin respuesta. E igual de esquiva resulta la pregunta por la complicidad de los intelectuales. “Empujar a la gente a ser feliz”, formuló el régimen de los jemeres rojos como objetivo propio. Chomsky, Dudman, Rigaud, Caldwell y el inno- minado académico con quien Denise Affonço dialogara confiaron (o hicieron creer que confiaban) en las últimas palabras de esa divisa. Ninguno de ellos pareció reparar en la violencia del verbo que la abría: empujar. –

– ANTONIO JOSÉ PONTE

ENSAYO

Ecos de otras orillas



Jacobo Siruela
El mundo bajo los párpados
Vilàir (Girona),
Atalanta, 2010,
352 pp.

El prestigioso editor Jacobo Siruela (1954) nos sorprende ahora con este libro en el que se revela como un

autor filosófico, perspicaz y metódico. Su honestidad intelectual lo conduce a preocuparse seriamente de la Sabiduría en todas sus facetas, incluso de aquellas olvidadas por el mundo académico porque remiten al sentimiento, la emoción o la imaginación, en tanto que vías idóneas para conocer el trasfondo de las cosas y hasta la unidad esencial de cuanto acontece. Desde esta perspectiva presenta este volumen excepcional, en el que ofrece su particular incursión histórico-fenomenológica en el onirismo, en todo cuanto se relaciona con ese mundo en el que habitamos cuando dormimos, o incluso cuando, cerrando los ojos en reposo, nos evadimos de la realidad visible y penetramos en otra evanescente e intangible, pero viva e íntima: la de los sueños.

El gran Lichtenberg parece haber inspirado el propósito de este ensayo, tal y como observa Jacobo Siruela. El agudo pensador de Gotinga apuntó en uno de sus célebres aforismos que nuestra historia “es únicamente la de los hombres despiertos; nadie hasta ahora ha pensado en una historia de los que duermen”. Y tal es la historia a la que se acerca de manera indirecta este ensayo, cuyo autor nos propone un recorrido muy personal a través de la relación de los seres humanos con los sueños, desde la más remota Antigüedad hasta nuestros días. Los primeros capítulos del libro recogen algunos sueños de personajes históricos: de santos y santas, de guerreros, reyes y presidentes, filósofos, médicos y psicólogos o de otros tantos personajes que fueron meros aficionados a esa realidad evanescente que tanto nos determina. Hay aquí sueños de premonición y de inspiración, de amenaza y advertencia, visiones oníricas y situaciones soñadas tan reales como lo acontecido en el mundo cotidiano, y que impelían tanta fuerza o tanto temor a los “soñantes” que les incitaron a adoptar decisiones, e incluso a cambiar el curso de sus vidas. De manera que el lector cuenta con una surtida relación de relatos oníricos, y en este aspecto sí que hay que considerar este volumen como una pequeña historia de los hombres que duermen, aunque hay mucho más. Con suma amenidad y un estilo claro, exposi-